

Verdad es.

Sí, Gómez Carrillo, es verdad; verdad es el alegato de justicia que haces en tu «París» de ayer por la mujer asesina de Londres; tan justa como ese alegato, la sentencia que dictas contra un jurado de burgueses bien comidos, bien vestidos y bien divertidos, que condenan á muerte á una madre hambrienta, porque resolvió poner fin, á punta de cuchillo, á su hambre y al de su hija.

Presumo todo el calvario de esa madre, probablemente abandonada con su criaturita, por algún discreto burgués, que será jurado en cualquier tribunal y fallará en conciencia—en su conciencia—crímenes sugeridos por el abandono y realizados por el hambre. Estos burgueses son implacables cuando ciñen togas de juez.

¡ El calvario de la madre asesina! ¡ Imaginen las que amamantaron, las que educaron hijos, á qué horribles trances ha debido llegar esta hembra para rasgar con un cuchillo la carne que besó, para cubrir de sangre el cuerpecillo que cubrió de caricias, para dar muerte á quien dió vida!

Imaginadlo vosotras, las madres que habéis hecho mayor faena que la de concebir y parir hijos, las que sois madres de verdad, porque pusisteis alma y amor donde otras paridoras sólo pusieron carne y goce. Imaginadlo y contestad si la hembra de Londres, al herir de muerte á su cría, no ha realizado un derecho, ¡qué derecho!, un deber.

¿Crimen?... ¿Dónde está el crimen? La obrera, desamparada, olvidada, perdida en la ciudad cruel, peleó un día y otro contra el desamparo, contra el egoísmo, contra el hambre. Fué bajando escalón á escalón, con su chiquilla en brazos, la horrible escalera que tiene la total miseria por límite. Al límite llegó, pidió trabajo y se lo negaron; pidió auxilio y no se lo dieron. Tal vez quiso comerciar con su cuerpo; y no lo tomó nadie por usado y por mal vestido. Deshechura mucho parir y criar hijos; la miseria envejece; los harapos no son buen anuncio para comercios de placer.

A todo llegó, á todo llegaría, no para salvarse ella, para salvar á su criatura, la madre londinense. Todo lo intentó, todo lo suplicó, sin que le ofreciera la gran ciudad más que un encogimiento de hombros, un «¡A mí qué me importa!» decisivo, inflexible.

Todo lo intentó. Luego de intentarlo todo, viólo perdido todo, y maldijo el presente y se encará con el porvenir, y miró el porvenir de su

hija, más trágico que el presente aún. Entonces dijo: «¡Basta!», y hundió el arma en el corazón de la niña, volviéndola después contra ella para morir también. Supongo que los jurados sentenciadores no habrán dicho en su veredicto que la madre hizo una comedia, que se hirió de mentirijillas.

¿Derecho? ¿Deber?... Es más todavía el acto de la madre de Londres. Es una represalia, una incitación al remordimiento, escrita con sangre sobre la conciencia de una ciudad, de una sociedad.

¿Si es injusto, si es inicuo, brutal, el fallo del jurado de Londres? No hay que preguntarlo. Todas las personas honradas, todos los fieles de la justicia justa, responderán que sí.

Yo, á más de injusto, de brutal y de inicuo, encuentro el fallo perfectamente inútil.

¿Creer esos jurados que la madre asesina, una vez repuesta, continuará viviendo? ¡Entonces!... Con aguardar un poco, con dejar que se restableciera y saliera á la calle, estaba su muerte segura. ¡Vaya si son impacientes los jurados de Londres!...

No á la madre asesina, á los jurados inflexibles, á la ciudad cruel, á la sociedad impiadosa hay que condenar. ¿Qué mayor crimen que el de permitir la muerte por hambre de las criaturas humanas? ¿Qué criminal parejo á una sociedad donde es posible que el que pide trabajo no

lo halle, que el que solicita apoyo no lo encuentre, que el que quiere vivir no pueda vivir?

Esto sí es crimen ; esto sí es infamia ; esto sí merece condena ; no la madre de Londres, que ha preferido ver muerta á su hija, á verla hecha carne de hospital ó carne de vicio.

¡ Ay, se me dirá, es que para la madre de Londres hay jurados y jueces, y cárceles, y horcas y verdugos ! Para una sociedad, ¿ dónde hallarlos ?

¡ Quién sabe !... Acaso vengan algún día. Los fondos sociales son como las selvas de la antigua Germania.

En sus misteriosas negruras bullen multitudes capaces de barrer mundos viejos.

Puesta de sol.

El ancho paseo, alumbrado por el sol poniente, estaba lleno de chiquillos que corrían y voceaban entre una atmósfera violeta. Tras las hojas de los árboles se escuchaban cantos de pájaro. Pájaros y niños eran, con sus trinos y con sus voces, algo así como un coro angélico despidiéndose de la luz.

El astro agonizaba sobre una nube roja que parecía un gigantesco cuajarón de sangre; sus rayos salían por los bordes de aquella nube como salen los minerales fundidos de las bocas del horno, en chorros luminosos que abocetan todos los colores del iris. Un viento tibio y manso acariciaba las hojas de los árboles, sacudiéndolas con dulzura, haciéndolas ir y venir en el espacio, levantándolas hacia el sol para que éste convirtiese en una esmeralda cada hoja. Jirones de humo salían por las altas chimeneas de los edificios mineros; tales jirones, negros y pesados al trasponer las redondas bocas de ladrillo, iban haciéndose, según ascendían al cielo, más transparentes y más limpios; al cabo volvíanse gasas

tenuísimas, que los últimos rayos solares mataban de púrpura.

El astro, muriendo frente á las construcciones mineras, teñíalas de rojo, tal que si estuvieran incendiadas; la ciudad se hundía lentamente en un baño gris, donde los edificios se dibujaban como sombras.

Sentado en un banco miraba yo jugar á los niños.

Habíalos de todas edades. Mocosuelos que apenas se tenían en pie, corriendo á tropezones unos detrás de otros, con los brazos tendidos, los ojos alegres y los carrillos bermejos esudando salud; mayorcitos, de seis ó de siete años, mostrando en sus vestimentas la limpieza de un cómodo vivir y en sus carnes repretadas los beneficios de una buena alimentación.

También los había de doce á catorce años, casi hombres por su traje, niños aún por su edad y por su no tener que preocuparse en los trabajos que para los hombres trae aparejada la existencia. Los padres se encargaban, se encargaban durante mucho tiempo, de tales menesteres; ellos, libres y fuertes, jugaban frente á mí, al paso, al toro, al marro, á todos esos juegos varoniles que heraldean en los machos humanos la pubertad. Algunos acortaban las distancias del paseo guiando bicicletas.

Yo los miraba regocijándome con aquella alegría infantil, con aquella primavera humana

que, libre de preocupaciones y desengaños, se abría á la existencia bajo los últimos alentares del sol.

Aquellos niños venían de instruir sus inteligencias en las escuelas, en los centros de enseñanza existentes en la ciudad. De allí venían, y, luego de educar sus cerebros, fortalecían sus carnes con saludables expansiones, mientras les llegaba la hora de comer en mesas bien servidas y de dormir en lechos cómodos.

Los miraba y los miraba satisfecho, sintiendo que su salud y su alegría se me entraban en el corazón, acelerando sus latidos y rejuveneciendo mi sangre...

Allá, en las lejanías del paisaje, comenzó á dibujarse una confusa mancha negra. Poco á poco fué adquiriendo relieve: era algo que avanzaba á compás; una fila, semejante á un hormiguero en marcha salía de los edificios mineros, incendiados por el sol poniente.

Aquella negrura avanzó, se hizo clasificable. Eran niños también; su edad oscilaba, como la de los niños mayores que se divertían en el paseo, entre los doce y los quince años; pero, ¡ay!, sólo eran pares de aquellos niños en la edad.

Flacos, pálidos, macilentos, ni había en sus ojos alegría, ni en sus carnes tersura, ni en sus infantiles caras salud.

El cutis, pálido, enfermizo, acusaba la ane-

mia ; el cansancio, sus brazos caídos á lo largo del cuerpo ; el sufrimiento, sus ojos de melancólico mirar ; la falta de buena alimentación, su delgadez y el blancuzco matiz de sus labios, huérfanos de sonrisa.

Aquellos niños no venían al paseo á jugar, después de instruirse en la escuela. Volvían á sus casas, después del trabajo ; llegaban de la mina, con el saquillo del almuerzo atado á la cintura y la herramienta al hombro. Regresaban á la ciudad, rendidos, hambrientos ; iban camino de sus miserables viviendas á comer mal y á dormir peor.

Para ellos ya no había infancia ; su infancia concluyó muy pronto, si llegó á existir alguna vez, si se puede llamar infancia á los primeros años de la vida, pasados casi sin caricias, porque los padres han de trabajar mucho y no tienen tiempo de acariciar ; casi sin alimento, porque no merece tal nombre un cacho de pan duro y una piltrafa que despreciarían los canes. Ya no eran niños ; eran hombres ; estaban forzados á ser hombres por mandato de la miseria, y regresaban de la mina.

Un mozuelo, que guiaba una bicicleta, avanzó hacia el grupo de los niños trabajadores ; éstos se detuvieron ; el ciclista se puso á conversar con ellos ; el más osado de los minerillos subió á la máquina y trató de moverla. Tropezó... cayó... Sus compañeros echaron á reír. Otro mi-

nerillo le substituyó, y todos los niños del paseo, los ricos y los pobres, los felices y los infelices, como si les impulsara una corriente de fraternidad, formaron en torno de la bicicleta un solo grupo, en el que se confundían las carcajadas y las clases, las voces y las vestiduras.

En tal momento, el último chorro de la lumbre solar desapareció tras la nube roja ; el astro se ocultó, mientras los niños pobres y los niños ricos se unían como hermanos, anunciando el nacimiento de otro sol, bajo cuyos rayos aquella fraternidad ocasional y deleznable, volveríase definitiva é irrompible...

El modorro.

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol penetraba allí de contrabando, se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en muzárabes azulejos, y luego, como si le asustaran la humedad y la pobreza del recinto, deshacíase en polvo de oro y volvía á la calle tejiendo, desde las baldosas hasta la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro apenas si llegaba la luz. La vidriera verdosa de un ventanillo, entrecruzado por anchas líneas de hoja de lata, mejor era estorbo que paso de la claridad. Con la puerta ocurría lo mismo. La sala se abocetaba confusamente entre melancólicas sombras que permitían entrever paredes desnudas, afeitadas con yeso, cuatro ó cinco sillas, una mesa y el arranque del techo envigado con maderones color de chocolate. El fondo quedaba invisible.

Adivinábanse en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, á cuenta de abrirse ante los pies, se abría ante los ojos.

En una de las sillas estaba sentada una mujer. Representaba cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de costurones, extendíanse las blancuras mate de la escrófula; sobre su pelo, de un rubio maíz, brillaban las canas como limaduras de plomo; su boca servía de reducto á una guerrilla de careados dientes; encima de su cuerpo reía un justillo y pingajeaba una falda. Al vernos se levantó para coger á un chiquillo que se revolcaba sobre las baldosas soleadas. Parecía un amor de Rubens.

El corpiño se abrió, ofreciendo salida á un pecho rugoso, donde el niño hizo presa, mientras la madre murmuraba:

—Asiéntense ustés. Ahora mesmo vendrá.

En las tinieblas del fondo se oyó un ruido, semejante al que producen los grandes reptiles cuando se arrastran por las rocas. El ruido iba acompañado con jadeos de bestia herida. Aquello, fuera lo que fuera, avanzaba hacia nosotros entre la obscuridad. Al llegar aquello donde ésta comenzaba á transparentarse, distinguimos una masa negra que buceaba entre las sombras. La masa ambulante se contorneó poco á poco, dibujando una cabeza lívida, agarrada á un cuello muy largo, un corpachón que producía, al deslizarse contra el suelo, restregones lijosos y cuatro remos encogidos que oscilaban torpemente para caminar. Envuelto y mal acusado por las sombras parecía un sapo gigantesco. Al fin salió

de ellas; el sol le cedió descaradamente. Era un hombre.

Aquel hombre nos miraba con sus ojos sin brillo y nos sonreía con su boca sin dientes! La carne, rebujada en un chaquetón y unos pantalones, no debía ser carne, sino gelatina de hombre.

Tan continuo, tan acentuado, tan completo era su temblor, que no podía tener músculos que le afianzaran, ni huesos que le fortalecieran, ni médula que le sirviera de puntal.

Pasta, hecha con linfa, sangre y filamentos nerviosos machacados, era, indudablemente, aquel tronco informe y convulso; como eran, no extremidades humanas, manojos de fibras retorcidas, sujetas unas á otras por insegura trabazón, los remos que se apoyaban en la tierra con bailoteo trágico; como era desconyuntado maniqué la cabeza, de greñas flotantes y horrible gesticulación, que trazaba semicírculos sobre un cuello papiloso, acorazado con escamas rojizas.

Nunca vi criatura racional á ésta comparable, imagen humana tan siniestra. Ni los desarticulados que entretienen en el circo á los públicos, establecerían con ella pugilato. Ellos horrorizan, espantan, producen escalofríos de asco al realizar su faena bárbara y volverse reptiles-hombres. Pero cuando su faena termina, el reptil desaparece, el hombre torna á

ser amo de sus músculos y, apoyándose en sus puntales óseos, yergue victoriosamente la medula y saluda al público, que le aplaude con entusiasmo, más que por su labor, por su reingreso en la humanidad.

El otro no, el otro no puede mandar á sus músculos como dueño, ni afianzarse á voluntad en los puntales de sus huesos, ni erguir á capricho su medula. Está condenado á arrastrarse contra la tierra, hasta que la tierra se entreabra compasivamente para ofrecerle sepultura.

Es hombre-reptil de por-vida.

Y si este hombre reptil fuera producto de un error cometido por la Naturaleza en su taller de criaturas, aún podría mirársele con la angustia que produce el sufrir del prójimo, pero con la resignación que acompaña á lo inevitable. El espectáculo ofrecido por el hombre-reptil que se arrastraba frente á mis ojos, si producía angustia, no producía resignación: producía indignada cólera, porque su desdicha pudo tener remedio; porque aquel hombre no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas, era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos.

Aquel hombre era una víctima de la mina, un contribuyente del mercurio que platea los criaderos de Almadén. La miseria, la urgencia del mendrugo diario, le empujaron hacia el pozo, le metieron en la jaula y le desembarcaron

en la galería, enfrentándole con la veta de azogue y poniéndole una piqueta ó un barreno en las manos.

Cuando bajó á la mina por primera vez era un individuo fuerte y ágil. Sus carnes, vivificadas por el sol, fortalecidas por el aire libre de los campos, tenían resistencia y salud; sus huesos crujían con poderoso crujimiento en el engrase de las articulaciones; su medula se ergula recta y firme para sostener una cabeza varonil, donde brillaban los ojos con el resplandor de la juventud y sonreía la boca enseñando la dentadura.

Cuando salió por última vez de la mina, era un frasco de mercurio más, un cacho de mineral vivo, útil aún para producir ganancias á sus explotadores, si éstos no vacilaban en entregarle á una prensa destiladora. Salud, energía, músculos potentes, osamenta sólida, medula pronta á erguirse con arrogancia varonil, todo fué deshecho por la mina. El mercurio, penetrando en los pulmones del minero y en su sangre con el aire, fué apoderándose poco á poco de él, destruyéndolo, agelatinándolo, convirtiéndole en masa informe y temblorosa, en sapo del azogue, hasta que un día, terminada su labor destructura y satisfecho totalmente de ella, le dejó caer sobre la jaula y devolvió á la superficie de la tierra el desperdicio humano que se acercaba hacia nosotros arrastrándose co-

mo un reptil y jadeado como una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos bailones sobre una de las sillas; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban epilépticamente también; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo, y, mirándonos cara á cara, nos dijo con voz tartamuda:

—¿Los señores quieren saber mi vida? Oiganla, y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló: habló sencilla, humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo hecho desde niño á la argolla y al látigo.

El habla; no precisan acotaciones para esta relación.

—Hace treinta años—decía aquella cara que pensaba y hablaba—tenía yo diez y ocho, bajé por primera vez á la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales—no puede uno hacer más sin morirse pronto—hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba pa pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó á temblar con este temblor condenaó, á ponerse modorro—así se nos llama—. Pero, ¡qué remedio!, había que

seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar ó no comer.

Un día el temblor aumentó, y mis jefes, viendo que me era imposible bajar tós los meses, vamos, un mes, y otro y otro, me pusieron alterno. Alterno es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del to, porque no estaba pa bajar. El mercurio se hizo el amo de mi presona, y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tiritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fui á andar y se me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Creí que se trataba de un resbalón; hice por levantarme, apoyándome en las dos manos. ¡Que si quieres! No podía levantarme ya; no podría ponerme derecho en jamás: el azogue me había tumbao, tumbao pa siempre!... Entonces el señor diretor me señaló el retiro: una pesetilla diaria; lo que le toca á uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos!, los que he hecho yo dende los diez y seis años hasta los treinta y seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, á bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia, y aquí estoy pa lo que ustés gusten de mandarme, y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años miles de

frascos de mercurio, que el Estado vende á 300 pesetas cada uno, trató de incorporarse y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agónica derribada por el cazador... Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto á sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando, desvaneciéndose tras ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebreces del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra los ladrillos enrojecidos por el sol, restregaba en ellos sus desnudeces de ángel rubenescos, aguardando que le tocara la hora de bajar á la mina.

¿ ?

Fué en una visita hecha por mí á la antigua Casa de Canónigos. Claro que la visita era obligada ; á la tal casa no va nadie por gusto.

Tiempo tuve en el transcurso de mi espera para examinar el edificio donde se administra la justicia histórica. Todo es viejo y mezquino en él : desde los muros que se agrietan, hasta los muebles que se desvencijan. Esta carcoma, este desencuadernamiento material de mobiliarios y tabiques, ajustan admirablemente con las fórmulas y procedimientos que dentro de la casa se emplean. A ídolo apolillado, templo ruinoso.

Fatigados mis ojos con el espectáculo de tantas vejeces, fatigados también de seguir la pluma del escribiente sobre el papel de oficio á que pasaba mi declaración, fueron á clavarse en una mesa frontera á la mía.

¡ Ojalá no lo hiciese nunca ! ¡ Ahorrara entonces una tristeza más á mi pensamiento, ahorraría hoy la comunicación de esa tristeza á mis lectores !

Junto á la mesa había un chiquillo ; tal vez

no llegara á los doce años en su edad. Una blusa blanca, rota por los codos y anudada sobre un pantaloncillo negro y agujereado por mitades, envolvía su cuerpo raquíptico y temblón. Por el descote de la blusa asomaba el cuello escrofuloso, sostén débil de una cabeza anémica, donde brillaban unos ojos huraños y se contraían unos labios faltos de matiz; el cráneo era entrelargo, la frente angosta; las orejas se desplegaban por detrás, extendiéndose hacia delante como las membranas voladoras de los murciélagos.

Toda una larga herencia de miseria y abandono material y moral, estaba escrita en aquella criatura, que descubría los dedos de los pies por unas alpargatas roídas y se clavaban los de las manos en las palmas sudosas.

Yo escuchaba su declaración: una declaración torpe, que tenía más de gruñido de bestezuela en cepo, que de lenguaje de hombrecillo en Juzgado.

El chico era un ratero. Si tenía padres, andaban ellos muy temerosos de la justicia, porque no se presentaron ante ésta ni para reclamar á su hijo.

Allá, en el río, hacia los lavaderos iba el chico con cuatro ó cinco más, cuando, por instinto heredado ó por torpe impulso muchachil, ocurriósele á uno de entre ellos apoderarse de unas piezas que blanqueaban á la luz del sol.

Dicho y hecho. Todos se abalanzaron á la cuerda, sacudida por el viento fresco del crepúsculo, y cada cual recogió su parte de botín.

Al detenido le correspondieron cuatro pares de calcetines. ¡Cuatro! El los contó mientras corría; los contó antes de tirarlos por cima de una valla, cuando estuvo cierto de que le era imposible huir á sus perseguidores.

Ahora estaba allí, en la casa vieja de las fórmulas viejas, en el templo ruinoso del apollado ídolo, declarando frente á un oficial de escribanía, que le contemplaba con lástima.

—Cuando declare, ¿qué van á hacer con él?—me permití preguntar en voz baja.

—Llevárselo á la cárcel, donde aguardará la hora de que la ley lo declare irresponsable por su edad.

—¿A la cárcel?

—Al patio de corrección. En él estará hasta que se acabe la causa.

—Pero si es irresponsable, ¿por qué va á la cárcel?

—Porque esa es la costumbre; porque la irresponsabilidad que le otorga la Naturaleza por derecho de infancia, no es tal irresponsabilidad hasta que no se la otorgue la justicia por mandato del juez.

—¿Y no hay otro sitio á que llevarlo mientras el juez decide? ¿No hay un asilo-escuela donde se empleen los seis, los ocho, los diez me-

ses que tarda la justicia para ponerse de acuerdo con la Naturaleza, en educar, en rectificar, en airear ese capullo de hombre, para que pueda abrirse á la vida sobre un tallo firme?

—No, señor; no lo hay. No hay más que el patio de corrección.

¡ El patio de corrección ! ¡ El semillero existente en todas las cárceles, para que germinen con buenas condiciones de abono, los criminales del porvenir ! Allí entrará el muchacho de la blusa blanca y los agujereados pantalones, el que ha hurtado por instinto de herencia ó por torpe impulso muchachil, cuatro pares de calcetines.

Allí entrará, para hacer el aprendizaje de su forzado oficio, entre catedráticos de catorce á diez y seis años. Allí estará aguardando las resoluciones de la justicia histórica, seis, ocho, diez meses, y cuando salga de allí, cuando se le declare irresponsable, saldrá corregido, admirablemente corregido.

Seguramente cuando salga no robará más calcetines.

Ya le habrán enseñado á robar relojes.

El grisú.